

## **Bosque y jardín en la Grecia arcaica y clásica:**

### **el proceso de naturalización de la cultura**

**M<sup>a</sup> Cruz Cardete –Universidad Complutense de Madrid**

#### **1. Bosque y jardín: de la dicotomía a la interrelación**

Bosque y jardín son conceptos profundamente complementarios, pero tendemos a percibirlos como opuestos. La teórica oposición entre ambos es el resultado de una dicotomía y dos equiparaciones absolutamente culturales y contingentes, propias especialmente de las sociedades occidentales. Sin embargo, teniendo en cuenta que las hemos convertido en referentes legitimadores ahistóricos y universalistas, es necesario proceder a una deconstrucción analítica tanto de la una como de las otras<sup>1</sup>.

La dicotomía mencionada opone naturaleza y cultura mientras que las subsiguientes equiparaciones igualan paisaje y naturaleza por un lado y sociedad y cultura por otro. Siguiendo este argumento maniqueo<sup>2</sup>, el bosque sería un espacio natural, no modificado en esencia por el ser humano, aunque sí aprovechado, mientras que el jardín sería un espacio construido socialmente a partir de elementos naturales. No obstante, ambos son igualmente construidos, solo que de maneras diferentes. Y sus diferencias no son solo el tipo de plantas, la localización, las características físicas del conjunto, los usos y aprovechamientos que hacen de ellos los humanos, etc., sino también, y muy especialmente, la mirada de quienes los definen a través de sus propiedades geológico-biológicas, ocultando o minusvalorando las emociones que provocan y la carga ideológica que conllevan, puesto que un paisaje no es solo su dimensión física, sino también la ideológica y perceptiva.

Es precisamente en la conjunción de lo biológico-geológico con lo cultural donde surge el concepto de paisaje. Marcado por la interrelación y la fluidez, pues el paisaje es la sociedad construyéndose a sí misma, el paisaje dinamita la falsa dicotomía naturaleza-cultura demostrando que, a escala humana, todo paisaje es cultural, ya que es construido, contextual,

---

<sup>1</sup> La bibliografía sobre este punto es amplia, sobre todo en las últimas décadas. Destaco especialmente los trabajos de Baker 1989; Bender 2001; Bradley 1994, 95-96 y 1991, 135; Cardete 2016 y 2005; Cosgrove 2006, 1997 y 1985; Duncan y Duncan 1988, 123-125; Ingold 1997 y 1993; Johnson 2007, 4; Lemaire 1997; Mitchell 1994b, 6-9; Tilley 2006, 19 y Von Maltzhan 1994.

<sup>2</sup> A este pensamiento tan maniqueo responde la carrera por atribuir una moralidad aristocrática a la tierra, enfrentándola a la depravación del progreso urbano. Aunque pueda parecer progresista, es una dicotomía profundamente conservadora que se expresa en actitudes “preservacionistas” como las que animaron la apertura de los primeros Parques Nacionales (Yellowstone en 1872 y Adirondack entre 1885-1892). Frente a la idea preservacionista de conservar una supuesta “naturaleza salvaje” a través de su mercantilización, los movimientos ecologistas tienden a proponer una gestión respetuosa del medio y de las relaciones de este con los seres humanos.

flexible, modificable y, en última instancia, histórico pues somos los humanos quienes construimos los elementos naturales, no en su dimensión fáctica, pero sí en la significativa, que es la que preocupa específicamente al historiador<sup>3</sup>.

Así pues, es importante que partamos de la idea de que la continuada referencia al “naturalismo” del paisaje no es casual ni inocente, sino que responde a una estrategia de naturalización de la cultura que hace pasar por neutral y poco dado a la manipulación lo que no es sino una construcción y, como tal, profundamente social, que se adapta y cambia con el contexto<sup>4</sup>. Si queremos entender el jardín en la Grecia antigua debemos dejar de lado estas oposiciones simplistas y centrarnos en el paisaje entendido como concepto reticular que conecta y contextualiza: la materialidad geológica y biológica solo se entiende, en una dimensión humana, a través de su conexión con las creaciones sociales, de ahí que para comprender el jardín debamos mirar también al bosque.

## **2. El bosque en la Grecia antigua**

En el imaginario griego el bosque, al igual que la montaña, era un espacio peligroso, solo apto para los muy valientes, los muy locos o los destinados a incumplir las normas para que, en el terrible castigo aparejado, dichas normas salieran reforzadas y fortalecieran el compromiso de la comunidad con ellas. Al formar parte de la *eschatia*, la última barrera con la naturaleza salvaje, el bosque constituye una parte plena de la comunidad, que sin él se vería dañada en su supervivencia diaria, pero eso no impide que, tan cerca de la frontera amenazante, despierte miedo (alberga también a soldados, salteadores de caminos, huidos...) y suspicacia, al tiempo que conjura la posibilidad de hallar en él tesoros y posibilidades maravillosas, como el encuentro fortuito con los dioses que, aunque suele ser negativo para el humano (famoso es el caso de Acteón), a veces trae consigo recompensas inesperadas.

Por el bosque y la montaña se mueven leñadores, cazadores, viajeros, agricultores, pastores... toda una plétora de vida cotidiana normativizada y de apropiación económica que, sin embargo, parece quedar oscurecida frente a las posibilidades mágicas. Para la ideología aristocrática griega el bosque, por muy humanizado que estuviera en la realidad, es un territorio ignoto y no cultivado, percibido como salvaje. Una representación visual de ese supuesto salvajismo es la que nos ofrece la copa de Aison, que reproduce el ciclo heroico de Teseo en Atenas en un momento de máxima tensión para la ciudad, cuando la Guerra del Peloponeso está empezando a ser demasiado costosa para Atenas y se comienza a vislumbrar

---

<sup>3</sup> Cardete 2005, 2; Meier 2006, 19; Schama 1995, 61; Thomas 1996, 65-66.

<sup>4</sup> Baker 1989, 4-7; Duncan y Duncan 1988, 123-125; Launaro 2004; Mitchell 1994a y b.

la posibilidad de un final aciago<sup>5</sup>. Todas las hazañas del héroe discurren en los márgenes de la polis: Teseo se enfrenta a aquellos que ponen en peligro los límites de Atenas y los vence, permitiendo el mantenimiento del *statu quo*.

Entre la lucha contra Escirón (monstruoso hijo de Poseidón que sembraba el pánico entre los viajeros que cruzaban las fronteras entre Mégara y el Istmo de Corinto) y la victoria sobre Sinis (también hijo de Poseidón, apodado “el Depravado” y residente en el Istmo de Corinto), Aison dibujó a Cromión con su jabalina en el momento anterior a que Teseo las venza<sup>6</sup> (**Fig. 1**).

Cromión<sup>7</sup> vive en el bosque del mismo nombre (entre Mégara y Corinto). Es un bosque como hay tantos, porque más que un escenario concreto lo que se busca es conjurar un concepto, el del bosque profundo, atávico, peligroso, en el que cualquier ruptura de la norma implica terribles castigos que se imponen como cruel moraleja. Sin duda forman una extraña pareja: por un lado, una anciana solitaria y sabia, que contraviene la normativa patriarcal del universo ático, según la cual la mujer que ha perdido la capacidad reproductiva no tiene apenas valor social alguno. Por el otro, una jabalina pastoreada por ella, monstruosa en sus dimensiones, en su genealogía (hija de Equidna y Tifón<sup>8</sup> y madre del jabalí de Calidón<sup>9</sup>) y también en su violencia, que teóricamente debería quedar reservada al sexo masculino y, sin embargo, se encarna en el apelativo con el que se la califica: ἀνδρόκτονον, matadora de hombres. Obviamente, amabas féminas no podían situarse en el centro de la ciudad, sino en un espacio alternativo, preñado de horrores y de posibilidades como es el bosque.

En la copa de Aison este bosque se estiliza hasta quedar reducido a un arbolillo que retrotrae al espacio oscuro del que forma parte en el imaginario<sup>10</sup>. El artista construye el paisaje al igual que un jardinero, pero mientras que este es consciente de la construcción, e incluso se siente orgulloso de ella y del esfuerzo que supone, aquel cree simplemente estar reproduciendo una realidad impuesta por los dioses.

---

<sup>5</sup> Su datación es bastante precisa, entre el 420-410 a. C. (Olmos 1992, 13).

<sup>6</sup> Aparte del Istmo de Corinto, que cuenta con la presencia de Escirón y Sinis, tenemos también representados en el vaso al toro de Maratón, a Procrustes, “el Golpeador”, que habitaba entre Trecén y Atenas, y al gran luchador Cerción, vecino de Eleusis.

<sup>7</sup> La vieja de Cromión es a veces identificada como Fea o a veces como Cromión misma. En el caso de la copa de Aison la inscripción no deja lugar a dudas sobre la variante elegida: Κρομμύω. Probablemente sea una manera de humanizar al personaje, pues el nombre del lugar es más neutro que el de Fea, nombre parlante que hace alusión a “la gris”, “la canosa” y que se emplea generalmente con connotaciones negativas alusivas a la vejez femenina (Olmos 1992, 26).

<sup>8</sup> Apollod. *Epit.* 1.

<sup>9</sup> Strb. 8.6.22.

<sup>10</sup> Olmos 1992, 25.

Pese a lo que pueda parecer, la diferencia entre bosque y jardín no es tan evidente y tajante. De hecho, hay realidades mixtas que conectan lo que se considera salvaje con lo que se comprende socializado y productivo, permitiendo el tránsito de uno a otro concepto, y demuestran que tanto el bosque como el jardín son construcciones humanas, aunque solo este se percibe como tal.

Es el caso, por ejemplo, del ἄλσος (*alsos*) o bosquecillo sagrado. La palabra no define una única realidad bien prefijada, sino una multiplicidad de relaciones espaciales entre la naturaleza y la sacralidad<sup>11</sup>. De hecho, en un *alsos* la construcción artificial (altares, estatuas, edificios incluso) puede ser más importante que la vegetación que lo rodea, mientras que otros pueden carecer de estructura alguna, siendo caracterizados por determinado tipo de árboles, flores o plantas<sup>12</sup>; además, mientras que en algunos la carga sacral es densa y compacta, otros sirven de lugar de recreo en mayor medida que de espacio religioso<sup>13</sup>. Tampoco responden a una ubicación fija, pues tanto pueden ser rurales como urbanos, situados en valle o en montaña y claramente delimitados o no. Las dedicaciones también son múltiples, puesto que se consideran de origen divino<sup>14</sup> y se consagran a dioses de todo tipo<sup>15</sup>, pero también a héroes y heroínas... por tanto, la variedad es amplísima, aunque todos tienen en común la conjunción entre la supuesta libertad salvaje del bosque y la evidenciada construcción social que supone el jardín, así como la ausencia de actividad productiva, actividad que, sin embargo, es muy importante tanto en el bosque (más en su dimensión práctica que en la conceptual) como en el jardín.

### 3. El jardín en la Grecia arcaica y clásica

Aunque el conocimiento arqueológico de los jardines en Grecia es escaso, y el interés que ha despertado su análisis es infinitamente menor que el suscitado por los jardines romanos, ampliamente distribuidos por toda la geografía del imperio, lo cierto es que hay suficientes fuentes antiguas, literarias sobre todo, aunque también, solo que en menor

---

<sup>11</sup> Birge 1984; Jacob 1993.

<sup>12</sup> La vegetación selvática suele mezclarse con la cultivada en el *alsos*, aunque predomine más aquella, razón por la cual los escritores cristianos utilizarán el *alsos* como referente de la esterilidad pagana cuajada de sensualidad pecaminosa (Jacob 1993, 41-42).

<sup>13</sup> En algunos autores, sobre todo en la bucólica y en autores tardíos, el término *alsos* no incide especialmente en lo religioso, sino más bien en la idea del *locus amoenus* (Birge 1984, 197; Jacob 1993, 43).

<sup>14</sup> Birge 1984, 193; Osborne 1992, 380, n. 21.

<sup>15</sup> Cualquier dios puede contar con un *alsos*, aunque es más frecuente entre los olímpicos y especialmente en el caso de Apolo y Ártemis, Deméter y Core y Zeus. Mención especial a este respecto merecen las Ninfas, asiduas de este tipo de espacios sagrados, destacando especialmente por su particularidad el caso de las cuevas provista de bosques sagrados dedicadas por apasionados ninfóleptos como Pantalces en Tesalia o Arquédamo de Tera en Vari (Bonnehchere 2001, 33-40; Borgeaud 1993, 336-337; Larson 2000, 13-17 y 238-244). Por el contrario, es raro encontrar un *alsos* dedicado a Hermes, Ares, Hera, Hefesto o Dioniso (Birge 1984, 16 y 27).

medida, iconográficas e incluso arqueológicas, como para que podamos construir, al menos, un esquema de cómo era percibido este espacio en la Grecia Antigua.

Todo lo social y construido que se obvia en el bosque y en realidades intermedias como el *alsos* aparece en su máximo esplendor en el jardín, reconocido como un espacio claramente humanizado, mejorado con respecto a lo que la naturaleza oferta y, generalmente, vallado<sup>16</sup>, separando claramente lo que es el jardín de lo que es el resto de naturaleza que lo rodea. A esta sucinta definición es a la que respondería el término κῆπος (*kepos*), la palabra más cercana a lo que nosotros consideramos un jardín, aunque no deja de ser imprecisa<sup>17</sup>.

### 3.1. El jardín arcaico

Los primeros jardines de la literatura griega son los homéricos y tienen cierta importancia en la caracterización de esos lugares pintorescos tan propios de la *Odisea*. En Homero encontramos, básicamente, dos tipos de jardines<sup>18</sup>: por un lado, el jardín bucólico, explosivo, casi lujurioso en su fertilidad y deleite sensorial, y al tiempo técnicamente complejo<sup>19</sup>, encarnado en el jardín de Alcínoo<sup>20</sup>; por otro, un jardín parco, unido al terruño y casi moral que encarna el sentimiento profundo de “apego al lugar”<sup>21</sup> representado por el jardín de Laertes<sup>22</sup>. Tanto uno como otro son jardines reales, alejados de las posibilidades de una familia normal, lo que convierte al jardín en un espacio rico, unido a una clase social de privilegiados capaces de controlar a la naturaleza no sólo y sobre todo para sobrevivir, sino también incluso para deleitarse con ella.

Una de las características de estos jardines es su semejanza a lo que nosotros denominaríamos huerta. De hecho, los jardines homéricos tienen tres elementos bien

---

<sup>16</sup> Ach. Tat. 1.2; Hom. *Il.* 5.90; *Od.* 7.112-113.

<sup>17</sup> *Kepos* puede hacer referencia a un jardín de flores, a uno de vegetales, a una huerta, a una viña, a un bosquecillo sacro, a un parque o incluso a jardines mortuorios, aunque estos últimos son menos frecuentes en Grecia (Osborne 1992, 380, n. 20). Aparte de palabras genéricas como *kepos* u *orchatos* (ὄρχατος) son también frecuentemente traducidos por jardín otros vocablos algo más específicos como el ya mencionado ἄλσος, χωρία / ἄγρος (campos/granjas) y ἀλωή o ἀμπελιτης γῆ (viñedo) (Carroll-Spillecke 1992, 85; Giesecke 2007, 38).

<sup>18</sup> Ferriolo 1989.

<sup>19</sup> Aunque Homero no se detiene en la parte técnica de los jardines, sí que alude a la existencia de sistemas de riego (*Od.* 7.129-131).

<sup>20</sup> Hom. *Od.* 7.112-132.

<sup>21</sup> Para que su padre le reconozca, Odiseo le recuerda cómo, siendo él un niño, paseaban juntos por el jardín y su padre le enseñaba los árboles y las plantas que tenían, cuánto producían y cómo cuidarlas (Hom. *Od.* 24.336-344). Es una muestra de lo que se ha llamado “ser en el mundo”, un concepto de corte fenomenológico construido a partir de la filosofía de la percepción, especialmente la heideggeriana, que concibe el paisaje como una experiencia vital que va mucho más allá de una relación abstracta de dominio del ser humano sobre la naturaleza e implica interconexión y relacionalidad (Ingold 1995, 58, 66 y 76-77; Sheldrake 2001, 1-9; Thomas 2008, 302 y 2001, 172; Tilley 2010, 25-40, 2006, 13-15 y 2004, 1-31).

<sup>22</sup> Hom. *Od.* 24.205-344.

definidos: la huerta propiamente dicha (compuesta de manzanos, higos, olivos, perales, granados, legumbres...<sup>23</sup>), el viñedo<sup>24</sup> y una zona con arrietes de flores y plantas<sup>25</sup>. Son, en última instancia, espacios productivos, no simples recodos hermosos para el disfrute. Incluso el celeberrimo Jardín de las Hespérides es un huerto productivo en el que las susodichas Hespérides cuidan de la fertilidad de los manzanos regalados por Gea a Hera<sup>26</sup>. De hecho, de una exuberancia y fertilidad desbordante es también el espacio selvático que rodea la cueva de Calipso<sup>27</sup>, que cuenta con árboles y plantas fragantes y un espléndido viñedo, pero no es un jardín propiamente dicho porque la función productiva y civilizatoria que supone la parte cultivada está casi ausente<sup>28</sup>, acercándose más al *alsos* (no en vano Calipso es una ninfa) que al jardín.

En época arcaica apenas si tenemos más referencias destacadas a la existencia de jardines, pero el mundo clásico les otorga una nueva dimensión que les dota de cierto protagonismo. Aunque continúan siendo espacios funcionales y prácticos cuyos productos son necesarios y/o útiles para la supervivencia humana, el jardín clásico potencia mucho la parte lúdica e ideológica, insistiendo en su capacidad para representar el poder a doble escala: poder humano sobre la naturaleza (el jardín es claramente un rasgo de civilización, de ahí que los únicos que pueden construirlo son los dioses o los humanos, pero no los seres considerados inferiores, como los Cíclopes<sup>29</sup>) y poder de las clases privilegiadas sobre el resto de la sociedad.

### 3.2. El jardín clásico

Los jardines de época clásica constituyen un evidente marcador de desigualdad social. De hecho, Tucídides pone en boca de Pericles un discurso sobre el poderío ateniense en el que analiza el poder marítimo y terrestre de Atenas, considerando aquel muy superior a este y llegando a decir que, en comparación con la flota ateniense, las tierras del Ática son

---

<sup>23</sup> Hom. *Od.* 7.114-121 y 24.246.

<sup>24</sup> Hom. *Od.* 7.122-126.

<sup>25</sup> Hom. *Od.* 7.127-128.

<sup>26</sup> E. *HF.* 394-399; Eratosth. *Cat.* 3.

<sup>27</sup> Hom. *Od.* 5.61-74.

<sup>28</sup> Las actividades productivas, como el fuego encendido o el hilado (Hom. *Od.* 5.58-59 y 62), se desarrollan dentro de la cueva, pero no a su alrededor, que es donde se encuentra el paraje maravilloso. Homero no utiliza para describirlo los términos con los que suele referirse al jardín (*kepos*, *orchatos*, *aloe*), sino la palabra *λεϊμών*, que podría traducirse por prado o pradera y que, aunque está relacionada con el jardín y el *alsos*, no puede equipararse a ellos, puesto que no supone el mismo grado ni tipo de acción humana sobre el espacio (la pradera pertenece a los dioses más que a los hombres y se destaca de ella, precisamente, que no está contaminada por el ser humano). Para las diferencias y semejanzas entre *leimon* y *kepos* remito al trabajo de Motte (1973) o a las muy pertinentes observaciones de Osborne (1992, 380-381).

<sup>29</sup> Hom. *Od.* 9.108-111.

“un jardín de recreo y un lujo de rico”<sup>30</sup>. No es baladí por tanto que acaudalados ciudadanos como Demóstenes o filósofos como Teofrasto contaran en sus domicilios con jardines vallados para su disfrute<sup>31</sup>. A través de ellos demostraban al resto el poder que ostentaban, tanto económico, pues podían permitirse el mantenimiento del jardín, como social, pues gozaban del tiempo necesario para disfrutar de él en una época en la que el ocio era un concepto muy poco usual. Incluso llegaron a levantarse estructuras tipo cenadores dentro de los jardines para facilitar el descanso y el divertimento<sup>32</sup>, aunque no llegaran, ni muchísimo menos, a ser tan frecuentes como en los jardines romanos.

Dado el denso trazado de la urbanística griega, que exprime cada espacio de habitación, los jardines solían localizarse sobre todo en las afueras de las ciudades<sup>33</sup>. Aunque el uso de sistemas de irrigación era frecuente para su cuidado<sup>34</sup>, se preferían los lugares cercanos a pozos o a cursos de agua corriente<sup>35</sup>, destacando especialmente a este respecto las riberas del río Iliso, en Atenas, que llegaron a ser conocidas como “Los Jardines”<sup>36</sup> por la profusión de los mismos.

Las plantas y árboles de huerta siguen teniendo un protagonismo enorme en los jardines clásicos. Lejos de ser considerados poco delicados o elegantes para un jardín, granados, laureles, manzanos, perales, almendros, higueras y olivos son insustituibles en los jardines griegos, y no sólo por su belleza o fragancia<sup>37</sup>, sino porque sus frutos iban a parar

---

<sup>30</sup> Tuc. 2.62.3. Todas las traducciones de textos griegos proceden de las ediciones de la editorial Gredos.

<sup>31</sup> D. 47.53 (*Contra Evergo y Mnesíbulo*); D. L. 5.2.39. Aunque existían los jardines sin hogar colindante, a los que los propietarios podían acudir para evadirse cuidándolos y paseando por ellos, lo normal es que estuviesen asociados a una residencia permanente (Bowe 2010, 209; Osborne 1992, 377).

<sup>32</sup> Bowe 2010, 213-214.

<sup>33</sup> Los jardines intramuros solían encontrarse en espacios públicos como las ágoras o santuarios, aunque tenemos alguna referencia a casas con jardines en zonas céntricas (Osborne 1992, 378-379). En última instancia, no es una realidad circunscrita a Atenas. Por ejemplo, en Megalópolis, Pausanias (VIII 31, 4-5) nos habla de un *alsos* situado detrás del santuario de Zeus Filio, en pleno ágora.

<sup>34</sup> E. *Hypp.* 75-80; Thphr. *Char.* 20.9. Platón (*Tim.* 77c-78d) y Aristóteles (*PA* 3.5.668a.7-35) incluso comparan el torrente sanguíneo que fluye por las venas y mantiene vivos los cuerpos con los canales por los que discurre el agua que riega los jardines (Bodéüs 2001). Osborne (1992, 382) señala la especial relación establecida entre la irrigación y el cuidado de los jardines, ya que no es una técnica que soliera ser empleada para otro tipo de espacios cultivados.

<sup>35</sup> Bowe 2010, 209-210; Carroll-Spillecke 1992, 86-87 y 91-92; Osborne 1992, 377-381.

<sup>36</sup> Paus. 1.19.2. En las cercanías existió un templo de Afrodita con una estatua a la que Pausanias nombra como de Ἀφροδίτης ἐν τοῖς Κήποις y por la que muestra especial admiración estética. La relación de Afrodita con las flores y los jardines es, de hecho, bastante destacada (Detienne 1972, 122-123; Gros de Beler, Marmiroli y Renouf 2009, 29-30; Motte 1973, 121-146; Pirenne-Delforge 1994, 380, n. 81). No en vano Homero (*Od.* XVIII 193) califica a la diosa como “la de la linda corona”.

<sup>37</sup> La belleza y el embriagador olor no sólo de las rosas, sino también de los manzanos, están muy presente en la hermosa descripción que hace Safo (1, frag. 2) de un *alsos* de Afrodita: “Aquí a mí desde Creta, a este templo sagrado donde hay un bello huerto de manzanos y hay altares humeantes de incienso: en él un agua fresca rumorea entre las ramas de los manzanos, todo el lugar está sombreado por las rosas y del ramaje tembloroso descende el sueño; en él un prado, pasto de los caballos, está lleno de flores de la primavera y las brisas soplan oliendo a miel”.

directamente a la mesa de los propietarios. Las flores también tenían utilidad práctica, no solo ornamental, ya que eran empleadas para la confección de las guirnaldas y coronas que pueblan los rituales griegos<sup>38</sup>. Jenofonte lo deja muy claro en su *Económico*<sup>39</sup> cuando habla de las necesidades humanas satisfechas por el cultivo de las plantas: por supuesto, la alimentación, pero también la decoración de altares y estatuas, la belleza del entorno y el deleite gastronómico, aparte del fortalecimiento del cuerpo y del espíritu que conlleva el trabajo de la tierra y el entrenamiento que implica dicho trabajo para la guerra y la caza<sup>40</sup>.

Así pues, el jardín griego no es un únicamente, ni especialmente tampoco, un espacio de alejamiento y deleite personal, como ocurrirá en gran medida en la posterior tradición occidental, sino un verdadero microcosmos en el que se encuentran representadas las necesidades, tanto las básicas como las más elaboradas, que definen a la sociedad helena.

Aunque la jardinería griega se centra, como no puede ser de otra manera, en plantas de temporada<sup>41</sup> y en el respeto a sus ciclos y características naturales, los avances técnicos, sobre todo a partir del s. V a. C., permiten también un cultivo dirigido que, a través de la alteración de los unos o las otras, obtuviera resultados más acordes con las necesidades y deseos humanos<sup>42</sup>, como ocurre por ejemplo con la violeta, de la que dice Teofrasto que “florece a lo largo de todo el año si se la cuida”<sup>43</sup>. La capacidad de quebrar los ritmos naturales implica la demostración palpable del poder humano para transformar la naturaleza y del poder de las clases privilegiadas que disfrutaban de jardines y jardineros para adecuar la naturaleza a sus demandas.

---

<sup>38</sup> Tal importancia tenían las guirnaldas que Teofrasto (*HP* 6.6.1) sostiene que “las plantas cultivadas (...) se encuadran dentro de las que se usan para las guirnaldas”, entre las que lista el alhelí, el narciso, la anémona de montaña, el guitarrillo, la violeta, el helicriso, el gladiolo o la escila (Thphr. *HP* 6.6.1). Ver también Motte (1973, 39-48).

<sup>39</sup> X. *Oec.* 5.1-11.

<sup>40</sup> En su *Anábasis* (5.3.9-13) Jenofonte informa sobre la consagración de un santuario a Ártemis en Scillus, cerca de Olimpia, en el que se construyeron un altar y un templo, así como un *alsos* poblado de árboles. Los frutos de dichos árboles se utilizaban tanto para el culto como para el consumo. Además, los animales sagrados servían también para ejercitarse en la caza y consumir sacrificionalmente sus carnes, con lo que el sueño autárquico se cumplía a pequeña escala en el recinto del santuario gracias a la existencia del *alsos*: “Junto al templo se erige una estela con la inscripción: ‘Sagrado es el lugar de Ártemis. Quien lo mantenga y recolecte sus frutos ofrecerá cada año un diezmo en sacrificios. De lo sobrante mantendrá el cuidado del templo. Si alguno no cumpliera con ello, quede a la diosa encomendado’” (X. *An.* 5.3.13).

<sup>41</sup> En su *Historia de las Plantas* Teofrasto detalla los cultivos típicos de cada época (Thphr. *HP* 7.2): cebollas, puerro, alhelíes, apio, narcisos y claveles en primavera; pepinos, rábanos, calabazas, albahaca, tomillo, lavanda, mejorana y lirios en verano; azafrán en otoño; coles, rábanos, acelgas, escarolas o nabos en invierno y cultivos como la lechuga, remolacha, rúcula, apio, cilantro, eneldo y berro todo el año.

<sup>42</sup> Bowe 2010, 213; Osborne 1992, 385-386. Teofrasto habla de varios métodos naturales de reproducción (Thphr. *HP* 2.1-2), pero también de otros como los injertos (Thphr. *HP* II 1, 4), el “enderezamiento” (Thphr. *HP* 2.7.7), el desmoche (Thphr. *HP* 6.6.2) o el esqueje (Thphr. *HP* 7.2.1).

<sup>43</sup> Thphr. *HP* 6.8.2.

En la misma línea se sitúa el cultivo de plantas en maceteros, que requiere cierta pericia técnica y se aparta claramente de la forma natural de cultivo. Especialmente destacados a este respecto son los llamados Jardines de Adonis<sup>44</sup>. Dichos jardines protagonizaban las Adonias (festivales anuales dedicados a Adonis) y estaban formados por macetas en las que se plantaban, fuera de temporada, lechuga, trigo, cebada e hinojo. Las plantas crecían tan rápido como morían, pues se marchitaban antes de la maduración, simbolizando el ciclo vital del héroe. A este respecto, son muy representativas las palabras que Platón pone en boca de Sócrates en el *Fedro*: “¿Un labrador sensato que cuidase de sus semillas y quisiese que fructificasen las llevaría, en serio, a plantar en verano, a un jardín de Adonis, y gozaría al verlas ponerse hermosas en ocho días, o solamente haría una cosa así por juego o por una fiesta, si es que la hacía? Más bien, aquellas que le interesaran, siguiendo el arte de la agricultura, las sembraría donde debe y estaría contento cuando, en el octavo mes, llegue a su plenitud todo lo que sembró”<sup>45</sup>.

A finales del mundo clásico y durante la época helenística el jardín continúa siendo un lujo poco asequible, pero sí ya deseable por un número más amplio de ciudadanos que quieren disfrutar de lo que sin duda supone un bien de prestigio. La vida tan floreciente y desbordante que invoca el jardín es una muestra más del poder ciudadano para crearla y preservarla y todos quieren participar de él. Los *politai* de la Tegea del s. IV a. C., por ejemplo, consideraban especialmente importante para la plena asunción de los privilegios ciudadanos el contar con un jardín en su hogar o cerca de él<sup>46</sup> y la Tebas reconstruida en el s. III a. C. se proveyó de más jardines que cualquier otra polis griega<sup>47</sup>. Pero sin duda los dos tipos de jardines más característicos del período helenístico son los jardines públicos relacionados con las escuelas filosóficas y los jardines reales.

El iniciador de la tradición de los jardines “filosóficos” es Epicuro, del que Plinio el Viejo dice que fue el primero en construir un jardín en Atenas, pues hasta ese momento a nadie se le había ocurrido vivir en el campo en medio de la ciudad<sup>48</sup>. El jardín de Epicuro ya no es principalmente un lugar productivo, sino, sobre todo, un espacio de solaz espiritual y sensorial. Por eso no es extraño que en esta época los jardines cuenten cada vez más con plantas ornamentales, como los cipreses que admira Teócrito<sup>49</sup>. Acantos, roleos, palmetas, flores y sus tallos reinan, por ejemplo, en los vasos funerarios apulios, contribuyendo a crear una atmósfera plena de vida y deleite (**Fig. 2**).

---

<sup>44</sup> Detienne 1972; Motte 1973, 137-146.

<sup>45</sup> Pl. *Phdr.* 276b.

<sup>46</sup> Osborne 1992, 377-378.

<sup>47</sup> Bonnechere 2001, n. 15; Bowe 2010, 216.

<sup>48</sup> Plin. *Nat.* 19.19.

<sup>49</sup> Theocr. *Id.* 9.45 y 18.30.

Tras Epicuro, Platón y Aristóteles también disfrutarán de jardines en las cercanías de sus escuelas. El área del Liceo, en las faldas del Licabito, fue embellecida por Licurgo con una palestra y árboles<sup>50</sup>. Por su parte, la Academia se convirtió en jardín ya con Cimón, quien transformó este lugar en el Noroeste de Atenas, cruzado por el Cefiso, en un espacio de disfrute en el que los santuarios y altares de los dioses convivían con árboles, fuentes y recodos umbrosos<sup>51</sup>. Posteriormente, en época de Platón, el terreno se embelleció aún más gracias a la profusión de chopos, tejos, olivos u olmos<sup>52</sup> que lo circundaban y al templo de las Musas que el filósofo mandó construir<sup>53</sup>.

Especial mención como jardín público requiere el que rodeaba el Hefesteion en el ágora de Atenas (**Fig. 3**). Su excepcionalidad le viene dada porque es el jardín mejor conocido por la arqueología (excavado por Dorothy B. Thompson en los años 30)<sup>54</sup>. El templo estaba rodeado de arbustos por tres lados (dejando el frente despejado) y no fue tarea fácil acondicionarlo, ya que hubo que nivelar el terreno y excavar pequeños agujeros cuadrados, separados a espacios regulares y en filas, donde plantar macetas con arbustos, restos de las cuales se hallaron en los trabajos arqueológicos<sup>55</sup>. Aunque la datación no es absolutamente precisa, se cree que comenzó a construirse a principios del s. III a. C. y que sufrió una importante remodelación y embellecimiento a finales del s. I a. C., posiblemente necesaria tras la invasión de Sila en el 86 a. C.<sup>56</sup>. En cuanto al tipo de plantas, Thompson<sup>57</sup> propone granados y membrillos, constreñidos en su crecimiento por las macetas en las que estaban plantados pero igualmente ornamentales y fragantes, y sobre todo arbustos tipo laurel y mirto y quizá también vides y hiedra.

En cuanto a los jardines reales, son en parte derivación del *paradeisos* persa ya admirado por Jenofonte<sup>58</sup>, aunque no hay que desmerecer tampoco la influencia de la propia tradición continental. En ámbito oriental el más importante es sin duda el jardín real de

---

<sup>50</sup> Carroll-Spillecke 1992, 91.

<sup>51</sup> Aristoph. *Nu.* 1002-1008; Plu. *Cim.* 13.8; S. *OC* 681-693.

<sup>52</sup> Ar. *Nu.* 1005-1008; Plut. *Ci.* 13.7-8.

<sup>53</sup> Gros de Beler, Marmioli y Renouf 2009, 50; Motte 1973, 412-419; Segura Mungía 2005, 57-58. El gusto de Platón por los jardines le lleva a convertirlos en una parte importante del urbanismo de la utópica Atlántida (*Criti.* 117b-117c)

<sup>54</sup> También es destacable el jardín de Heracles en Tasos, otro jardín templario del que un epígrafe publicado por Launey (1937) ofrece bastante información.

<sup>55</sup> Thompson 1937, 403-409.

<sup>56</sup> Thompson 1937, 410-411.

<sup>57</sup> Thompson 1937, 423-425.

<sup>58</sup> X. *An.* 1.2.7 y 4.10; 5.3.7-13. El *paradeisos* es una gran extensión de terreno, ampliamente trabajada y cercada para el solaz de los reyes y sátrapas persas. Parque y jardín al mismo tiempo, lo constituyen las vastas plantaciones cercadas y protegidas, habitadas tanto por animales salvajes, muchos de ellos exóticos (papagayos, pavos reales...), como domésticos. Gros de Beler, Marmioli y Renouf (2009, 46) comparan la magnificencia del *paradeisos* descrito por Jenofonte con utopías como las de El Dorado en las que, partiendo de la riqueza evidente de un lugar, se concibe este como un verdadero Edén en la tierra.

Alejandría comenzado por el propio Alejandro Magno y continuado por los Ptolomeos<sup>59</sup> con plantas traídas de lugares diversos del imperio<sup>60</sup>.

No obstante, los modelos no son solo helenísticos ni vienen exclusivamente de la Persia imperial, sino que continúan en gran parte la estela clásica dejada por la Kolimbetra, el magnífico jardín levantado por Terón en el Valle de los Templos de Agrigento a principios del s. V a. C. De hecho, la tradición de gobierno unipersonal con tintes despóticos que facilita el desarrollo del *paradeisos* griego se encuentra antes del propio Alejandro y sus Diádocos, pudiendo remontarse como poco a la figura de Dioniso el Viejo de Siracusa e, incluso, retrotraerse más atrás y buscar el origen en los gobiernos de Emménidas (Agrigento) y Dinoménidas (Siracusa)<sup>61</sup>.

El caso de la Kolimbetra es excepcional por su tamaño, su representatividad y su existencia como jardín hasta la misma actualidad<sup>62</sup> (**Fig. 4**). Para entender su importancia es preciso comprender el contexto en el que fue diseñada y construida: la Agrigento de Terón después de la batalla de Hímera (480 a. C.). Hímera enfrentó a un contingente de cartagineses apoyados por algunas *poleis* sicilianas (Zancle, Regio, Selinunte) y por las ciudades púnicas de Sicilia (Panormo, Mozia y Solunto) con la alianza de Agrigento, Siracusa, Gela y la propia ciudad de Hímera, dirigidas por Terón y Gelón, tiranos de Agrigento y Siracusa respectivamente<sup>63</sup>. Aunque la victoria del bando agrigentino-siracusano no supuso un cambio destacado en el *statu quo* de la zona<sup>64</sup>, fue utilizada por los tiranos como un modo de acrecentar su poder y enaltecer su imagen pública. En el caso de Terón, la mayor parte de sus esfuerzos se centraron en la construcción de infraestructuras y grandes monumentos que no dejaran lugar a dudas sobre su poder, entre ellos la mencionada Kolimbetra.

---

<sup>59</sup> Los Diádocos y Epígonos, instalados en la tradición oriental del *paradeisos*, son mucho más proclives a la construcción de grandes jardines que los gobernantes continentales. Los Seléucidas, por ejemplo, levantaron espectaculares jardines reales en Apamea, Bactria y Antioquía (Bowe 2010, 218).

<sup>60</sup> Bowe 2010, 219.

<sup>61</sup> Sobre la construcción del poder tiránico en Siracusa como precursora de lo que se denominarán las monarquías helenísticas remito a dos trabajos anteriores y la bibliografía sobre el tema en ellos recogida: Cardete 2012 y 2010a.

<sup>62</sup> La Kolimbetra moderna, obviamente muy distinta de la descrita por Diodoro, vivió un gran renacimiento a partir de 1999 con la intervención patrimonial de Giuseppe Barbera, profesor de la Universidad de Palermo, y el agrónomo Giuseppe Lo Pilato, en connivencia con la Soprintendenza y ayudado por el Fondo per l'Ambiente Italiano (Barbera 2006; Barbera y Lo Pilato 1995; Carta y Scavone 2007).

<sup>63</sup> Diod. 11.20.5.

<sup>64</sup> Militarmente, no fue una gran hazaña (Anello 1986, 131); comercial y políticamente, Cartago continuó manteniendo sus bases sicilias sin pérdidas especialmente onerosas, pero ideológicamente fue una gran victoria para los tiranos, hasta el punto de que uno de ellos, Gelón de Siracusa, el más beneficiado de los dos, consiguió ser declarado *strategos autokrator* por los siracusanos (Diod. XI 26, 6) y socavar las bases del poder agrigentino (Cardete 2010a, 138-154).

Situada en el Valle de los Templos, verdadero epicentro de la actividad religiosa y de la propaganda política de Agrigento<sup>65</sup>, al Oeste de uno de sus recintos más significativos, el conocido como Santuario de la Deidad Ctonia<sup>66</sup>, la Kolimbeta es una verdadera obra de ingeniería hidráulica construida por los prisioneros de la batalla de Hímera a la mayor gloria del poder tiránico de Terón: a través de un sistema de canales se recogía el agua de diferentes puntos de la zona<sup>67</sup> dirigiéndola hacia una enorme piscina (Κολυμβήθρα significa precisamente eso, estanque o piscina), rodeada de un vergel de árboles frutales, por la que se paseaban los cisnes y nadaban amplia variedad de peces<sup>68</sup>. La demostración de fuerza que realiza Terón convirtiendo un terreno relativamente árido en un vergel en el que el agua mostraba todo su esplendor solo es comparable al alarde técnico que supuso construir el inmenso *Olympeion*<sup>69</sup>. Ambos lograban transmitir una imagen de eficiencia, capacidad, poder y apoyo divino difícil de igualar, pues el tirano no sólo controlaba los elementos inanimados, sino también la naturaleza en su conjunto.

#### 4. Conclusión

Aunque pueda parecer que bosque y jardín son realidades opuestas, y así lo transmiten las fuentes griegas, dicha asunción es peligrosamente maniquea porque parte de la base de que el bosque es naturaleza más o menos virgen, mientras que el jardín es naturaleza domeñada por el hombre y que, por tanto, uno y otro corresponden a dos categorías claramente diferenciables: la naturaleza por un lado y la cultura por el otro. Sin embargo, estos planteamientos, defendidos por buena parte de las fuentes griegas y mantenidos hasta

---

<sup>65</sup> Cardete 2010b.

<sup>66</sup> El engrandecimiento y embellecimiento de este santuario, de hondas raíces agrigentinias, es otra de las actuaciones que Terón impulsó tras la victoria en Hímera, aunque ya había dedicado esfuerzos a ello anteriormente (Cardete 2010b, 31-32).

<sup>67</sup> Al O se encuentra el río Hypsas y al E el Akragas, aparte de que uno de los afluentes del primero, el Baida Bassa, forma parte de la red hidrográfica del valle.

<sup>68</sup> Diod. 11.25.4-5 y 13.82.5. Aparte de la acción humana, el lugar que ocupa la Kolimbeta es privilegiado y propicia cierta exuberancia vegetal, ya que goza de un microclima que alivia la aridez propia de zonas colindantes y permite el cultivo de huerta, incluso el frutal, sin enormes esfuerzos; además, la roca calcárea ofrece la suficiente protección a los cultivos y favorece una evaporación baja, al tiempo que protege de los vientos en invierno (Barbera *et alii* 2006, 254). Aunque obviamente las condiciones climáticas y el medio han variado mucho desde época griega, los estudios arqueológicos y patrimoniales llevados a cabo en la zona parecen coincidir en que la realidad biológica de la zona no ha cambiado tanto, estando la vegetación originaria (arbustos de las familias Pistacio-Rhamnietalia Alaterni y Oleo-Ceratonion) todavía presente en la zona (Barbera *et alii* 2006, 256).

<sup>69</sup> El *Olympeion* (*vid.* Diod. 13.82; Plb. 9.27.9) es un templo dórico, pseudo-períptero y heptástilo con unas dimensiones descomunales (es el templo griego más grande construido junto con el templo G de Selinunte, con 112,60 x 56,30 m., un altar de 54,50 x 17,50 m. y columnas de 17-18 metros de altura y 4,05 m. de diámetro) y diversas peculiaridades arquitectónicas (*cella* posiblemente hipóetra y con una relación no canónica con la perístasis, empleo de telamones gigantes de 7,65 metros en la pseudoperístasis, interpretación singular del dórico clásico, combinado con elementos jónicos, intercolumnios del lado E más propios de una sala hipóstila que de un templo, etc.) (Cardete 2010a, 144; Griffo 1995, 117-188).

la actualidad, son construcciones perceptivas interesadas porque tanto el bosque como el jardín son construcciones humanas diversos que responden a las necesidades sociales de control ideológico del medio.

Un estudio en detalle de las fuentes griegas arcaicas y clásicas demuestra que, aunque en el nivel ideológico bosque y jardín se presentan como contrarios, en la conjunción de dicho nivel con la vida práctica nos encontramos con marcadas contradicciones que muestran más que una oposición una enorme complementariedad entre ambos conceptos, utilizados ambos como arma de control por el pensamiento aristocrático, que se autoproclama el único con capacidad civilizadora.

Es por ello necesario desnaturalizar el paisaje y culturizarlo, reconociendo el proceso social que lleva aparejado, su condición de sujeto y no de objeto y nuestros condicionantes como participantes en su construcción y no como meros observadores pasivos, así como sus dimensiones simbólicas, todo ello dando lugar a una forma más compleja, inclusiva y, por supuesto, científica, de comprenderlos.

## 5. Bibliografía

ANELLO, P. “Il trattato del 405/4 a. C. e la formazione della “eparchia” punica di Sicilia”, *Kokalos*, 32, 1986, 115-180.

BAKER, A. R. H. “Introduction: on ideology and landscape” in BAKER, A. R. H. and BIGER, G. (eds.) *Ideology and Landscape in historical perspective*, Cambridge, 1989, 1-14.

BARBERA, G. *et alii* “Recovery and valorization of a historical fruit orchard: the Kolymbetra in the Temple Valley, Sicily” in AGNOLETTI, M. (ed.) *The conservation of cultural landscapes*, Wallingford, 2006, 253-261.

BARBERA, M. e LO PILATO, G. *Il paesaggio della Valle dei Templi*, Agrigento, 1995.

BENDER, B. “Introduction” in BENDER, B. and WINER, M. (eds.) *Contested landscapes: movement, exile and place*, Oxford, 2001, 1-18.

BIRGE, D. E. *Sacred groves in the ancient world*, Ann Arbor, 1984.

BODÉÛS, R. “Les jardins irrigués et le système vasculaire selon Aristote” in DELRUELLE, E. et PIRENNE-DELFORGE, V. (dirs.) *Kêpoi. De la religion à la philosophie. Mélanges offerts à André Motte*, Liège, 2001, 201-201.

BONNECHERE, P. “Prairies et jardins grecs. De la Grèce de Platon à l’Angleterre d’Alexander Pope” in DELRUELLE, E. et PIRENNE-DELFORGE, V. (dirs.) *Kêpoi. De la religion à la philosophie. Mélanges offerts à André Motte*, Liège, 2001, 29-50.

BORGEAUD, P. “El rústico” en VERNANT, J. P. (eds.) *El hombre griego*, Madrid, 1993, 323-338.

BOWE, P. “The evolution of the ancient Greek garden”, *Studies in the History of Gardens and Designed Landscapes. An International Quarterly*, 30, 2010, 208-223.

BRADLEY, R. “Monuments and places” in GARWOOD, P., JENNINGS, D., SKEATES, R. and TOMS, J. (eds.), *Sacred and profane*, Oxford, 1991, 135-140.

CARDETE, M. C. "Poder y propaganda en el mundo antiguo: Dionisio el Viejo de Siracusa" en García, E. y Cid, R. (eds.) *Debita verba. Estudios dedicados al profesor Julio Mangas Manjarrés*, Vol. I, Oviedo, 2013, 453-468.

\_\_\_\_\_ *Paisaje, identidad y religión: Imágenes de la Sicilia antigua*, Barcelona, 2010a.

\_\_\_\_\_ "Perception, image and power. The Valley of Temples in Akragas" in Lévêque, L., Ruiz del Árbol, M. (ed.) *Patrimoine, images, mémoire des paysages européens/ Heritage, images and memory of European Landscapes*, Paris, 2010b, 29-40.

CARTA, G. e SCAVONE, V. "Agricoltura versus paesaggio. Riflessioni su Agrigento" en MARONE, E. (ed.) *Il paesaggio agrario tra conservazione e trasformazione: valutazioni economico-estimative, giuridiche ed urbanistiche. Atti del XXXVI incontro di studio, Catania 10 e 11 novembre 2006*, Firenze, 2007, 337-348.

CARROLL-SPILLECKE, M. "The gardens of Greece from Homeric to Roman times", *Journal of Garden History*, 12 (2), 1992, 84-101.

COSGROVE, D. "Modernity, community and the landscape idea", *Journal of Material Culture*, 11 (1-2), 2006, 49-66.

\_\_\_\_\_ "Inhabiting modern landscapes", *Archaeological Dialogues. Dutch perspectives on current issues in Archaeology* 4 (1), 1997, 23-28.

\_\_\_\_\_ "Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 10, 1985, 45-62.

DELRUELLE, E. et PIRENNE-DELFORGE, V. (dirs.). *Kêpoi. De la religion à la philosophie. Mélanges offerts à André Motte*, Liège, 2001.

DETIENNE, M. *Les jardins d'Adonis*, Paris, 1972.

DUNCAN, J. and DUNCAN, W. "(Re)reading the landscape", *Environment and planning. Society and space*, 6 (2), 1988, 117-126.

FERRIOLO, M. V. "Homer's garden", *Journal of Garden History*, 9 (2), 1989, 86-94.

GIESECKE, A. L. *The epic city. Urbanism, utopia and the garden in Ancient Greece and Rome*, Washington, 2007.

GRIFFO, P. *Akragas - Agrigento: la storia, la topografia, i monumenti, gli scavi*, Agrigento, 1995.

GROS DE BELER, A., MARMIROLI, B. et RENOUF, A. *Jardins & paysages de l'Antiquité: Grèce & Rome*, Arles, 2009.

INGOLD, T. "The picture is not the terrain. Maps, paintings and the dwelt-in-world", *Archaeological Dialogues. Dutch perspectives on current issues in Archaeology* 4 (1), 1997, 29-31.

\_\_\_\_\_ "The temporality of the landscape", *World Archaeology*, 25 (2), 1993, 152-174.

JACOB, Ch. "Paysage et bois sacré: ἄλσος dans la Périégèse de la Grèce de Pausanias" in *Les bois sacrés*, Naples, 1993, 31-44.

JOHNSON, M. *Ideas of landscape*, Oxford, 2007.

LAUNARO, B. "Experienced landscapes through intentional sources" in CROXFORD, B., ECKARDT, H., MEADE, J. and WEEKES, J. (eds.) *TRAC03: Proceedings of the thirteenth annual Theoretical Roman Archaeology Conference. Leicester 2003*, Oxford, 2004b, 111-122.

LARSON, J. *Greek nymphs. Myth, cult and lore*, New York, 2000.

LAUNEY, M. "Le verger d'Héraklès à Thaso", *BCH*, 61, 1937, 380-409.

- LEMAIRE, T. "Archaeology between the invention and destruction of landscape", *Archaeological Dialogues. Dutch perspectives on current issues in Archaeology* 4 (1), 1997, 5-21.
- MEIER, T. "On landscape ideologies: an introduction" in MEIER, T. (ed.) *Landscape ideologies*, Budapest, 2006, 11-50.
- MITCHELL, W. J. T. "Introduction" in MITCHELL, W. J. T. (ed.) *Landscapes and power*, Chicago-London, 1994a, 1-4.
- \_\_\_\_\_ "Imperial landscapes" in MITCHELL, W. J. T. (ed.) *Landscapes and power*, Chicago-London, 1994b, 5-34.
- MOTTE, A. *Prairies et jardins de la Grèce Antique. De la religion à la philosophie*, Bruxelles, 1973.
- OLMOS, R. (coord.) *Coloquio sobre Teseo y la Copa de Aison, Anejos de Archivo Español de Arqueología XII*, Madrid, 1992, 9-35.
- OSBORNE, R. "Classical Greek Gardens: between farm and paradise" in DIXON HUNT, J. (ed.) *Garden history. Issues, approaches, methods*, Washington, 1992, 373-391.
- PIRENNE-DELFORGE, V. *L'Aphrodite grecque*, Liège, 1994.
- SCHAMA, S. *Landscape and memory*, London, 1995.
- SEGURA MUNGUÍA, S. *Los jardines en la Antigüedad*, Bilbao, 2005.
- SHELDRAKE, P. *Spaces for the sacred. Place, memory and identity*, Baltimore, 2001.
- THOMAS, J. "Archaeology, landscape and dwelling" in DAVID, B. and THOMAS, J. (eds.) *Handbook of Landscape Archaeology*, Walnut Creek, 2008, 300-306.
- \_\_\_\_\_ "Archaeologies of place and landscape" in HODDER, I. (ed.) *Archaeological theory today*, Cambridge, 2001, 165-186.
- \_\_\_\_\_ *Time, culture and identity: an interpretative Archaeology*, London-New York, 1996.
- THOMPSON, D. B. "The garden of Hephaistos", *Hesperia*, 6, 1937, 396-425.
- TILLEY, Ch. *Interpreting landscapes. Geologies, topographies, identities. Explorations in Landscape Phenomenology* 3, Walnut Creek, 2010.
- \_\_\_\_\_ "Introduction. Identity, place, landscape and heritage", *Journal of Material Culture*, 11 (1-2), 2006, 7-32.
- \_\_\_\_\_ *The materiality of stone: explorations in Landscape Phenomenology*, Oxford-New York, 2004.
- VON MALTZAHN, K. *Nature as landscape: dwelling and understanding*, Montreal-Buffalo, 1994.

## FIGURAS



**Fig. 1.** Detalle de la copa de Aison (ca. 420-410 a. C.). Cromión y su jabalina en el bosque. Cortesía del ©Museo Arqueológico Nacional. Foto: Fernando Velasco Mora (número de inventario 11265).



**Fig. 2.** Pélice apulia de figuras rojas del Pintor de la Sirena Citarista (ca. 340 a. C.): Eros preside un jardín divino exuberante en el que la vida brota junto con las plantas. Cortesía del ©Museo Arqueológico Nacional (número de inventario 1999/99/142).



**Fig. 3.** El Hefesteion actualmente, flanqueado por setos y arbustos, adaptando el trazado del jardín antiguo (fotografía de Helena Domínguez del Triunfo).



**Fig. 4.** La Kolimbeta en el Valle de los Templos vista desde el E (Fotografía de la autora).